



EL PACIFICADOR DEL PERÚ.

Barranca, Mayo 20 de 1821.

We must acquiesce in the necessity, which denounces our separation, and hold them, as we hold the rest of mankind—enemies in war—in peace, friends.

Debemos someternos á la necesidad que exige nuestra separacion, y reputarlos como al resto del genero humano—enemigos en la guerra—amigos en la paz. Declar. de la Ynd. de los E. U.

ARTICULO COMUNICADO

Señor Editor del Pacificador del Perú.

Dirijo á V. á nombre de varios individuos de esta Capital la adjunta representacion, que se le hizo el 20 del pasado á la Junta provincial. Penetrada esta de sus verdaderos intereses de humanidad, responsabilidad, y de la justicia, verdad, y hechos positivos, que contiene este documento, lo pasó original por medio de dos vocales á La Serna; pero tanto caso ha hecho este de las justas quejas y avisos que se le hacen, como Neron de las representaciones del Senado.

ESTA conducta servirá á V. de norte para calcular, si la razon prevalecerà contra la fuerza en manos de hombres, que no se tocan de los males públicos.

SOY de V. con toda consideracion su atento servidor. Lima y Mayo 7 de 1821.

G. P.

A LA EXMA. JUNTA PROVINCIAL.

EXMO. SOR.—Hasta cuando hemos de vivir oprimidos por la arbitrariedad á merced de hombres caprichosos, que cifran la conservacion pública en la suya; y que no tienen otro interès, que nuestra destruccion? ¿Hasta cuando hemos de vivir sepultados en un abismo de males sin termino? ¿Somos acaso animales nacidos para obedecer ciegamente, y servir sin discernimiento? ¿Los preciosos derechos de Libertad, igualdad, y mejor estar, que con la vida concede la naturaleza á todo hombre son perdidos para nosotros bajo el Gobierno Español? ¿La Constitucion politica salva guardia de estas sagradas prerrogativas en la Peninsula, ès en la America un prestigio para embaucar à los pueblos, un instrumento del despotismo de lo Gobernadores, y la cadena fatal para mantener esclavos á los que promete libertad? ¿Es quimerica la division de poderes, y las corporaciones representantes de la voluntad general, son de farsa, ò ministros de ceremonial, para á su nombre despojarnos de nuestras propiedades, y vidas? Esta idea debe tener V. E. de si misma, cuando en estos dias aciagos condeciende, propone, y autoriza los decretos ominosos de un Gobierno destructor que nos priva aun del esteril consuelo de expresar nuestros males. No fue este el objeto de las provincias al nombrar diputados que procurasen cerca del Exmo. Señor Virrey su existencia, y prosperidad; ni motivos tan execrables animaron las expresiones del

regocijo publico en el dia, que tomaron posesion de su benefica, y alta dignidad. Ciertamente se engañaron. ¿Y en el pecho de los hombres amantes á la virtud por principios, y hondamente penetrados de los derechos de sus constituyentes cavrà la negra ingratitude de recompensar la confianza con el engaño, el amor con la indiferencia, y la renuncia completa del pueblo con abandonarlo enteramente á manos de sus opresores? No Señor, V. E. arde por nuestro adelantamiento, y conservacion; todo lo advierte, todo lo prevee, pero el temor cierra sus labios, y hace refluir á su corazon anegado en las amarguras del dolor palabras que vertidas aliviarián á los pueblos del enorme peso, que los oprime, y enfrenarián el poder terrible de hacer mal. Sacuda V. E. esa pasion tan vergonzosa como indigna de abrigarse en medio de varones destinados á resistir constantemente cuanto sea en nuestro daño. Escuche V. E. y exponga al Exmo. Señor Virrey escritas por un europeo amante de la justicia, y de la verdad las quejas de esta Capital, causada de sufrir los perniciosos efectos de una guerra justa, pero imprudente, y temeraria que la tiene à dos dedos del precipicio.

PARA hacer una guerra defensiva con suceso és necesario calcular el numero de soldados bastante á repeler al enemigo, las municiones de guerra, y boca existentes en realidad, y en esperanza, la fuerza moral, ó de la opinion, la localidad del Pais, y los auxilios exteriores con que puede contarse para llenar el vacío que ocasiona sucesivamente la inversion de los recursos, que se tienen á la mano. Empezarla sin un examen maduro y detenido de estos datos, és exponerse á una ruina cierta, y hacerse presa del furor del enemigo. Entremos en el por menor de ellos, y palpárá V. E. que tan lejos estamos de lisongearnos de la vistoria, ò de una repulsion honrosa, como proximos á entregarnos ignominiosamente á la Ley que quiera el imponernos.

NUESTRO Ejercito asciende à cinco mil hombres utiles de toda arma, los mas de ellos criados en climas rigidos, todos de diferentes castas, expuestos por sus diferentes complexiones, à enfermedades contrarias; forman un pie de fuerza con cuya integridad jamas puede contarse, por que ni una larga residencia bajo un Cielo ardiente, ni un mismo genero de vida los ha aclimatado, y dado la salud regular de que goza todo hombre que vive en su Patria, ó en unas mismas costumbres. De aqui las crecidas bajas de nuestros Regimientos, y el triste expectaculo de ver expirar en el lecho de dolor à muchos que han suspirado por morir peleando honrosamente entre las filas. Las levadas de la ciudad, y los esclavos de esta, y del campo tomados para reponer estas perdidas en nada engruesan al Ejercito. Las primeras, formadas de hombres descontentos, acostumbrados al ocio, y que con su resistencia manifiestan claramente su odio al servicio, llevan consigo un pesimo ejemplo á los demas, y no son acreedores à nuestra confianza: los segundos sin Patria, ni pais, nada mas aman que el seno de sus familias; feroces por condicion se niegan á impresiones, que moderen sus barbaras inclinaciones, y estupidos para toda labor, que no han aprehendido desde su infancia necesitan un tiempo ilimitado para instruirse en las armas. Su disciplina obra de la practica en nada mejora sus animos, antes bien conmovida su ferocidad entre el ruido estrepitoso, y en medio del tumulto y licencia militar, volvera toda su energia á los resortes del corazon, comprimidos por la potestad señorial; y como no conocen mas privaciones, que la ausencia de sus mugeres è hijos, emplearán toda su violencia en quebrantar las cadenas que atandolós al Ejercito los tienen separados de los unicos objetos de su amor; y su desercion ha de ser infalible sino se toma la ineficaz precaucion de custodiarlos con un cuerpo del Ejercito. La llamo precaucion ineficaz, por que las ultimas reclutas del Batallon de Victoria, que abandonaron sus banderas pocos momentos antes de defenderlas con su sangre, nos han dejado un testimonio tan triste como evidente de que la disciplina forzada no produce mas que desercion. La libertad con que se les halaga no es un estimulo poderoso á inspirarles adhesion à la milicia. Por una comparacion hija mas del sentimiento que de la reflexion, conocen las grandes ventajas de una quieta esclavitud en medio del pacifico, y continuo goce de los primeros afectos sobre una libertad quimerica, acompañada de todas las privaciones, y sostenida por la mas estrecha sumision. Su corazon no puede vencerse à tantos sacrificios, sino quebrantando las leyes de la naturaleza, que los llama á sus miseros hogares, como al unico asilo de la páz y quietud, contra la guerra y turbulencia. Correran á ellos para hacernos, impelidos por la imperiosa ley de la conservacion hostilidades mas funestas, que las que nos hacen los enemigos, que hoy nos afligen; por que con un mediano manejo de las armas, y mas aventajado de las sendas

de oculta comunicacion en la espesura de los montes, llegarán à ser vandoleros, que arrastrando consigo el resto de los esclavos asalten à los caminantes, roben las provisiones, y nos reduzgan à todos los horrores del hambre. Esta es nuestra suerte inevitable armando à los esclavos. Pero aun cuando alguna fuerza magica, venciendo todos los inconvenientes que hemos expuesto los convirtiese en soldados decididos à morir antes que dejar su puesto, hemos por esto aumentado nuestro pie de fuerza, hasta poder inclinar à nuestro favor la victoria? ¿Será comparable un corto numero de estupidos soldados à quienes les son negados los distintivos del honor con el inmenso, que puede formar San Martin de reclutas entusiastas, cuya honrra es morir peleando aun sin armas, como en Huancayo, y San Geronimo, colectados desde Chancay à Panamá, y de Chillón à las margenes del Marañon? Para el enemigo todos son soldados, y nosotros ni aun hombres tenemos para hacer la guerra. Hablemos ingenuamente: nuestro Ejercito está reducido al miserable pie de que hoy se halla, y el del enemigo puede crecer hasta lo infinito. Siempre poderoso en recursos, y armamentos, mientras aqui de todo carecemos.

LAS armas con que contamos para nuestra defensa, no son mas que el resago de las expediciones hechas à diferentes puntos de este continente, y las pocas venidas ultimamente en Buques extrangeros. Sin entrar en calcular su numero podemos asegurar, que son menos de las necesarias para los repuestos Ejercito. La Artilleria bien servida, y con municiones de sobra, y la Caballeria por ahora bien montada, son los unicos cuerpos que de todo abundan, y si à estos siguiera siempre el triunfo, ya podriamos jactarnos de conseguirlo. Pero como la infanteria es de absoluta necesidad para defender los lugares escabrosos por donde podemos ser atacados, y la seguridad de esta Capital exige no desmembrar la fuerza que hay en ella concentrada, las medidas del Gobierno no limitandose al estado de hoy deben extenderse à asegurar una larga duracion à todos. Depende esta del acopio de los articulos necesarios para la vida del Ejercito, y del Pueblo. No poseemos mas territorio, que el de la Costa comprendido desde Ica hasta nuestras murallas, ya talado por los enemigos, y por nuestro Ejercito. Gran parte de los brazos destinados à su labranza estan en nuestros batallones, ò se han refugiado à los bozques, huyendo del alistamiento militar, y asi hemos dado la ultima mano à la ruina, empezada por San Martin extrañando los esclavos. El Arrieraje reducido à un estado de nulidad por la licencia militar que se ha apropiado, y consumido todos los vagages tomados indistintamente para sus trasportes, privandonos de los escasos restos escapados del furor amigo, y enemigo nos tiene circunscripto al estrecho circulo de los valles comarcanos. Y que cosechas hay en ellos depositadas? Con que sementeras contamos para en adelante? Ningunas, por que las Caballerias, y soldados nuestros han cegado verde, y maduro, bajo un Gobierno imprudente, que por agradarlos con un escandalo sin ejemplo les ha tolerado toda clase de depredaciones. No hay producciones en el Pais bastantes para el consumo de la Ciudad, ni esperanzas de de que las haya algun dia. El comercio con los extrangeros, unico medio de subsistencia para un Pueblo en asedio, está cerrado enteramente entre nosotros, à pretexto de que con el trafico prontamente desapareceria el numerario de nuestras arcas, y enriqueceria al enemigo. Error fatal, parto de las equivocas y siniestras ideas de hombres, que por resentimientos añejos con particulares de providad, quieren sacrificarnos por satisfacer su venganza. Miserables! no advierten que el hambre dará à los espíritus debiles y pacientes, que hasta haora sufren en secreto, caracter para una resolucion tan imprevista como el relampago, y tan inevitable como el golpe de un rayo. Ignorantes de la Historia no conciben el furor de los Pueblos en medio de una necesidad absoluta, y cuan comprometida se mira en ella un Gobierno.

TODOS los esfuerzos de aquellos, que se fundan en las bases del liberalismo, y aun los mismos tiranos, que han consultado los medios de su seguridad, se han dirigido en todo tiempo à no perdonar medio para concentrar la opinion publica à su favor. La humanidad y beneficencia, virtudes destinadas por la naturaleza para gran gear la confianza de nuestros semejantes, han sido en sus manos los resortes de la felicidad publica, llegando al extremo de desprenderse del derecho de deliberar en circunstancias de vacilar el Estado. Esta ha sido su conducta para que reunido el voto general à los consejos de los Gobernadores se sometiese el pueblo docilmente à las medidas, que en los grandes peligros habian de recaer sobre sus fortunas. Mas en nuestros dias no solo, no se le consulta y escucha, sino que se le prohíbe seve-

ramente explicar la menor querrela. La libertad de la Prensa, conducto tan expedito como dilatado para que expresando todos los individuos de la sociedad sus ideas, pueda llegar el gobierno á formar un juicio nada equivoco de la opinion publica, es esclava del despotismo simulado bajo la mascara de no querer que los pusilanimos, ó mal intencionados impriman el terror en los animos. Vano pretesto! Con las discusiones se aclara la verdad, que nunca se ostenta mas gloriosa, sino cuando ha triunfado de los embates de la contradiccion. Enemiga la falsedad de la disputa por que la despoja del ropaje engañoso con que la adornan los impostores, ama siempre, que se oiga sin atildadura y se siga con precipitacion. Este es el fin execrable de cierta especie de hombres, señores exclusivos de las prensas y que por haber robado la fé del gobierno bajo los especiosos títulos de patriotismo y fidelidad caracterizan de subversivo cuanto no se conforma á sus miras siniestras. No son estas acusaciones vagas, ni erupciones de un corazon empozoñado con el licor corrosivo de la revolucion. Soy español; pero español liberal: lloro, y clamo por el cumplimiento de nuestra Constitucion política. Dejese en pleno ejercicio la libertad de opinar, guardense los derechos que ellas nos concede, y el gobierno si quiere ser obedecido observe religiosamente el juramento que hizo de guardar, y cumplir este codigo sagrado. Todo es mutuo en la sociedad, nuestras obligaciones producen en retorno derechos que debemos exigir. Si teme el Exmo. Señor Virrey la libertad de la Prensa, descargue nos de la obligacion de temerle. Si entre sus confidentes no hay una pluma energetica para escribir como Cesar su respuesta contra Caton, confiese la debilidad, y escasez de sus luces, No somos tan automatatas, que por condenarnos á no escribir, hayamos de renunciar la racionalidad, por que nos prescriba sufrir en silencio. Desaparezca el ominoso afeyte con que pretende seducirnos, y deje vér en todo su horror el despotismo militar. Ya hemos perdido nuestras fortunas: cual será el premio? que importa nuestra existencia? La vida sin la comodidad es un suplicio. Multipliquense las exacciones, encarcelense los impotentes para satisfacerlas, arranquense los caballos de nuestro uso, dejense nuestros campos eriazos, nuestras casas desordenadas, quitandonos los esclavos destinados á la labranza, y al servicio domestico, robenos el dinero que hemos adquirido á costa de tiempo, sudores, y ahorros; monopolizense los viveres, saqueense los templos, y preferase la subsistencia de las cabalgaduras militares á la nuestra, reservandoles el mais, unico grano à proposito para suplir la falta de trigo: todos estos males, y cuantos quieran añadirnos son compensaciones, si bien indignas de nuestros heroicos sacrificios, debidas à lo menos á nuestra estupidez, y paciencia sin ejemplo en sostener un Ejercito, que ya nos hace la guerra. En la historia de las Naciones cultas, y aun en la de los Pueblos mas barbaros no se halla un remedo de tan negra ingratitud. Es hacernos conocer, que la salud del Ejercito es la Suprema ley, y que el pueblo por cuya conservacion se ha sacrificado en todo tiempo el mismo Ejercito, es una victima consagrada á destruirse por la clase militar. No estamos ya en estado de entregarnos al curso de este torrente desolador. Preferirse la subsistencia del Ejercito á la nuestra, es inferirnos un agravio, violando la igualdad con que deben ser considerados los individuos de la sociedad. Y lo mas digno de consideracion es, que siendo el objeto de las milicias mantener la seguridad interna y externa, luego que faltan al sostèn de aquella, convirtiendose en enemigos domesticos, falta esta por si misma; y disuelto el pacto social por las armas consagradas á su defensa, vueltos al goce de sus derechos naturales, son libres los ciudadanos para variar de Gobierno. Por estos principios seguramente, ó por otros sino iguales á lo menos semejantes, depusieron los Gefes militares al Señor Pezuela, y colocaron en el Supremo mando al Señor La Serna, hombre debil, y bien intencionado, que oprime á esta Capital, mas por defecto de vigor que por la honestidad de sus miras. Las luces de la filosofia ilustran hasta los miembros mas miserables de la plebe, y el sentimiento del mal forzandolos à pensar sobre su suerte desgraciada, detestan en comun un Gobierno establecido por la fuerza, infractor de los derechos imprescriptibles del hombre en cualquier estado que se le considere, y que todo lo holla por conservar un Ejercito con quien tiene identificada su existencia.

SITUADA esta Capital en la Costa al pie de cerros eminentes que la dominan, es menester fortalecer puntos que contengan á la multitud armada, que de las alturas puede despeñarse sobre nosotros y mantener un pie de fuerza poderoso á cubrir las caletas, y demas puntos de desembarco de que tanto abundan nues-

tras playas. Cinco mil hombres no sufren tantas subdivisiones, cuantas son necesarias à este efecto. Las partidas de caballeria ligera vigiarán, y no vencerán al enemigo. Fecundo este en vastos planes defensivos por su incalculable fuerza, astuto para observarnos, y descubrir nuestros proyectos, y con una movilidad increíble desviará nuestra atencion á donde quiera, frustrará nuestros planes y se hará dueño de la ciudad en el momento que menos lo pensemos. La concentracion de la fuerza es un plan inerte y de ninguna utilidad, hace gravár el Ejército sobre este pueblo que exhausto, y con la hambre á sus puertas ha de preferir una explosion peligrosa á una muerte cierta. No hay pues un plan de defensa conveniente à nuestra localidad. Las ventajas que han conseguido en sus ultimas salidas nuestros Batallones son precarias, mas propias de á vandoleros que infunden el terror en donde quiera que pisan, que de tropa arreglada amiga del orden, que van á entablar en las poblaciones rebeldes; y que con su pronto retorno prueban su impotencia para ensanchar los estrechos límites á que estamos reducidos.

EN circunstancias tan criticas ningun otro auxilio nos resta mas que nuestras relaciones exteriores. Pero por desgracia, de todas carecemos. Las Provincias distantes incomunicadas con nosotros, las cercanas insurreccionadas, y todas ellas con decidida propension á nuestra ruina, están á devocion del enemigo. Aun no han olvidado las primeras desgracias de esta guerra de reconquista, cuando nuestra imprudencia les añade nuevos desastres. Mas solícitos de conservar en el conflicto á nuestros soldados, que de acordar arbitrios para una larga subsistencia, corren nuestras divisiones las cabezas de las sierras inmediatas, talan los campos, destruyen los ganados, incendian los Pueblos, y cargados del botín, vuelven à nosotros triunfantes de hombres inermes que repartidos por el centro del reyno confirmarán con sus querellas la opinion degradante de nuestras desolaciones, solidarán el odio del nombre Español, y continuàran á fuego y sangre nuestro acedio en represalia de las hostilidades contra ellos cometidas, y en satisfaccion de su insaciable venganza. Los recursos maritimos bien podian suplir con exceso, las urgentes necesidades que nos ha acarreado tan iniqua conducta. Pero sin escuadras para el trafico seguro de los mares, hemos de levantar las manos para implorar la proteccion Inglesa. Esta Nacion industriosa, y amiga de sus intereses solo atiende á los que le son aliados por relaciones mercantiles. En Chile tienen vastas casas de comercio, en Lima ninguna: aqui se les insulta, allá se les honra: los moradores de Chile desde el Director hasta el labrador la respetan como à la señora de los mares, y la miran como instrumento de la felicidad publica, mientras nosotros atribuiendole nuestras miserias consentimos que la chusma impunemente asesine sus tripulaciones. Que paralelo tan ignominioso para un Gobierno ilustrado, y tan desesperante para un pueblo sin recursos. Parece que hemos violado el sagrado derecho de gentes sin otro designio, que provocar la desesperacion de los infelices moradores de esta Capital. Bien pronto se dejarán percibir sus funestos resultados, sino abrimos el canal subsidiario de nuestra felicidad. ¿Hasta cuando hemos de ser fanfarrones insubstanciales? Desnudemonos de las inveteradas preocupaciones nacionales: miremos por nuestra subsistencia. Estrechemonos con los arbitros del mar, abramos con ellos un comercio franco, sino queremos sèr victimas de nuestros caprichos. Los Triunviros en medio de su ambicion y reciprocas enemistades, se ajustaron con Pompeyo, que tenía reducida á penuria toda la costa de Italia. ¿Y nuestro Gobierno menos generoso, que los usurpadores del poder Soberano de Roma sacrificará la existencia de un pueblo heroico por no abrir sus puertos á un neutral, que en desagravio de los ultrajes, y asesinatos cometidos contra el, le brinda con cuanto es necesario para la vida, y defensa de un pais sin soldados, sin armas, desprovisto de todo, y abandonado à sî mismo? ¡Que injusticia tan monstruosa! Seria forzarnos á conocer que un Gobierno injusto, es ciego y tenáz en sus resoluciones, y que lejos de oír los clamores de la destitucion publica, sordo á sus ayes, verà con placer que las madres de familia se envenenen, y den muerte à sus hijos como la Ciudadana de Brucelas para substraerse à la calamidad publica. Reflexion tan amarga como evidente.

SI la idea consoladora de haberse solidado el Gobierno de la Peninsula nos inspirase presentimientos de un pronto auxilio podria nuestra paciencia sostenida por esta lisonjera esperanza resignarse á sufrir hasta el dia venturoso en que abordando á nuestras costas una poderosa expedicion pusiese termino á los males de la guerra. Pero vacilante el nuevo sistema, toda la Nacion dividida en facciones no puede atender mas que á sî misma. Asi no tenemos mas fuerzas que las nuestras, ya desfallecidas, mas armas que las pocas, que apenas bastan para armar nuestros sol-

dados, mas viveres que los que nos introduzcan los extrangeros, otro plán de defen-
sa que el de encerrarnos dentro de nuestros muros, ni mas recursos exteriores que
Provincias rebeladas, y el odio, y desprecio de los extrangeros. Y en tan amarga
crisis cual será el medio de nuestra salvacion. En la prudencia humana confirmada
por la experiencia de los siglos, no hay otro que el de una conciliacion honrosa
con los enemigos. Pongase en ella por vase el decoro nacional, y las relaciones de
comercio con ciertas preferencias en concurrencia de la peninsula con los extrange-
ros nos subsanarán con ventajas, las grandes perdidas que hacemos escapandosenos
la dominacion de este emisferio. Inculque en ella V. E., ínste, oprima, y estre-
che al Exmo. Señor Virrey para su mas pronta realizacion.

RECUERDE V. E. sus obligaciones: penetrado de ellas, reflexione la realidad de
esta relacion, la justicia de nuestra demanda, y poseido de la fortaleza caracteristica
à una corporacion destinada como V. E. à promover la prosperidad de sus constitu-
yentes, desvíe de nosotros los horribles males que nos cercan, y la perspectiva deso-
ladora de los que nos amenazan en el sostén pertináz de una guerra que nos pone á
disposicion de un vencedor resentido de nuestra porfia en defendernos.

DIOS guarde á V. E. muchos años. Lima y Marzo 20 de 1821.—Exmo. Se-
ñor.—*G. P.*

SENTIMOS que la estrechez de este papel no nos permita insertar las notas
y observaciones que nos habia sugerido la lectura de la anterior representacion. Pero
ya que esto no sea practicable, no podemos dejar de indicar al menos, que la
ambigüedad de lenguaje que se vé en algunas partes de ella, solo revela el pe-
ligro en que justamente se consideró su autor, y la necesidad que tuvó de hablar
à un opresor con la reserva propia de los oprimidos. Entretanto, ella abunda de
verdades fuertes, de pensamientos exactos y sobre todo de una logica severa, que
sino basta à convencer al Gobierno insurgente de Lima, le hará en todo caso sen-
tir el vacío de su fuerza moral y el descubierto en que se halla ante la opinion de
los hombres. Ofrecemos nuestra gratitud al que desde el centro del poder arbitrario
nos há favorecido con tan interesante comunicacion.

EN el numero siguiente continuará *el indice* que muy á pesar nuestro hemos
interrumpido en este : aun quedan algunos preciosos documentos que bastan para
justificar una guerra eterna contra los Españoles : tenemos evidencia de la inquietud
mortal con que los culpados aguardan verse inmortalizados en un papel, que aunque
las circunstancias de la America varien, jamas se borrarán de la memoria de los que
nazcan en ella los horrendos sentimientos, que abrigan los que miran al infeliz y res-
petable pueblo de Lima como el patrimonio de su codicia y rapacidad. Semejantes à
la fiera que se apresura á devorar la presa que se le va á arrebatarse, y prefiere mezclar
su sangre con la de la victima, antes que abandonarla á su libertador; los Españoles
que residen en Lima, poco diferentes de esos aislados habitantes de las selvas, todo lo
sacrifican al interes de conservar su decrepito influjo, aunque gima la tierra que pi-
san y se enrojezca con la sangre de los inocentes y de los criminales.

HEMOS visto impresa una representacion á La Serna de D. Juan Antonio Cam-
pos reclamando la inexactitud con que hemos publicado su carta. El tiene un derecho
que no contradecimos para esta queja, pues habiendo tanto material en sus cartas,
nos limitamos á una ù otra frase solamente. Le prometemos ser mas exactos en el nu-
mero siguiente, y el se arrepentirá toda su vida de no haber preferido el silencio en
un lance tan delicado como este. El tiene la misma razon para contradecir lo que
hemos publicado, que Canterac y los demas. Guardese ninguno de imitar al barbaro
Campos, pues no hará más que obligarnos á revelar los ultimos misterios de su per-
versidad, que omitimos algunas veces, por que hay ciertos excesos, que por su enor-
me escandalo, merecen que los mismos enemigos los cubran con el velo de la indul-
gencia y del secreto.

NOTA. En favor de los subscriptores, este numero se les remite sin diferen-
cia del precio ordinario.

IMPRESA DE J. A. LOPEZ Y COMPAÑIA.